

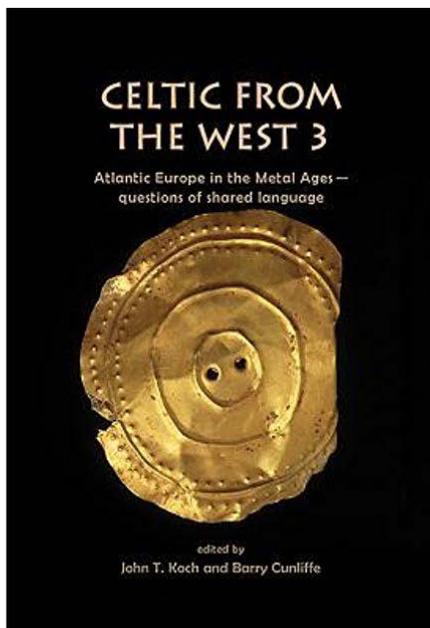
Complutum

ISSN: 1131-6993

<http://dx.doi.org/10.5209/CMPL.58427>

 EDICIONES
COMPLUTENSE

Koch, J. T.; Cunliffe, B. (Eds.) (2016): *Celtic from the West 3: Atlantic Europe in the Metal Ages: questions of shared language*. Oxbow Books, Oxford.



Como el panorama político actual, el campo de los celtas y la arqueología está dominado por un triunvirato con posiciones, aparentemente, irreconciliables. A un lado del cuadrilátero los que defienden a los “celtas tradicionales”. Aquellos entendidos como una combinación entre Hallstatt-La Tène y lenguas celtas y cuyo momento de mayor apogeo, antes de ser cuestionados, fue la exposición “Los Celtas, la primera Europa” (*The Celts, the origins of Europe*) organizada en 1991 en el Palazzo Grassi de Venecia (Moscatti *et al.* 1991). Al otro lado del ring los denominados “celtoescepticos” (o “New Celtic”), cuyo denominador común es el cuestionamiento del concepto “celta” y su comprensión como un constructo creado para satisfacer diversas agendas políticas de la Historia Contemporánea. Posición que es difícil, sino imposible, contradecir pero que no invalida un estudio, profundo y crítico, del mismo. Nacidos en los 90 en Inglaterra (Chapman 1992), el “celtoescepticismo” se ha

expandido rápidamente por Europa llegando a lugares tan diversos como Irlanda (Becker 2012), España (Ruiz-Zapatero 2005) o Francia (Dietler 2008). Entre estas dos corrientes, y surgidos tras el choque de las mismas, se encuentran aquellos que podríamos denominar “Atlantistas”. Los “atlantistas” defienden un origen temprano y atlántico de lo “celta”, palabra que los autores de la corriente entienden de forma ligeramente distinta. Mientras los anglosajones tienden a entenderla como un hablante de lenguas celtas, los investigadores continentales tienden a usarla para referirse a una tradición cultural cuya definición exacta varía. En cualquier caso, la serie *Celtic from the West*, de la que ya existen dos volúmenes (Cunliffe *et al.* 2010; Koch *et al.* 2013) y el libro reseñado es el tercero, se ha convertido en un referente de la corriente “atlantista”.

Los editores de la serie, Barry Cunliffe y John Koch, son en la actualidad los máximos exponentes de esta corriente y sus ideas han sido presentadas en los dos primeros volúmenes (Cunliffe 2010; Koch 2013; Cunliffe *et al.* 2010). A modo de síntesis, ambos autores defienden un origen temprano, anterior a la Edad del Hierro, de las lenguas celtas. Según ellos, estas habrían surgido en la Europa Atlántica debido a un proceso de homogeneización lingüística producto de los contactos entre las poblaciones costeras. En este sentido, no identifican conceptos como Hallstatt, La Tène o Campos de Urnas necesariamente con lenguas celtas y definen “celta” como el hablante de una de esas lenguas independientemente de su cultura material (Cunliffe *et al.* 2010, 1-2). Estas ideas atlantistas, si bien llegaron a su mayoría de edad a principios del presente siglo con los trabajos de Cunliffe (Cunliffe 2001: 293-297; Cunliffe 2009: 61), tienen raíces anteriores. Sin embargo, creo que será mejor comentar estas, y otros trabajos recientes, mientras analizo la obra reseñada.

Como se ha mencionado anteriormente, *Celtic from the West 3* es el tercer volumen de la serie del mismo nombre. Los orígenes de la misma se encuentran en dos proyectos de investigación realizados en el *Center for Advanced Welsh and Celtic Studies* de la Universidad de Galés. El primero de ellos, *Ancient Britain and the Atlantic Zone (ABrAZo)*, sirvió para iniciar la discusión sobre el posible origen de los celtas en el mundo atlántico organizando diversos eventos y encuentros. El segundo, *Atlantic Europe in the Metal Ages (AEMA)*, ha servido para construir una base de datos online de libre acceso que combina información arqueológica y lingüística de la prehistoria tardía de Europa occidental y es más que recomendable consultar¹. La serie *Celtic from the West* ha sido otro de los resultados de estos proyectos. Sus tres volúmenes, incluido el reseñado aquí, tienen el mismo formato. Una introducción de los editores, donde se repasan o presentan aspectos de su teoría, seguida de contribuciones de arqueólogos, genetistas y lingüistas donde se discuten temas de la prehistoria tardía de Europa en relación a las propuestas de Cunliffe y Koch. En la introducción de este volumen, los editores han respondido a críticas recientes contra su modelo y aclaran algunas áreas de su teoría poco definidas hasta ahora. El resto del libro lo forman 18 capítulos divididos en tres secciones desiguales: diez de arqueología (280 páginas), dos sobre genética (54 páginas) y seis de lingüística (146 páginas).

Por número de capítulos y páginas, el volumen reseñado aquí es el más largo de la colección. Frente a los 11 capítulos del primero (384 páginas) y los 8 de *Celtic from the West 2* (237 páginas), *Celtic from the West 3* tiene 18 capítulos y 539 páginas. Además de ser más largo, los temas tratados en este volumen son también más variados. Mientras el primero se centró en presentar la nueva teoría y el segundo en estudiar las relaciones entre regiones de la Europa Atlántica y Centroeuropa durante la Edad del Bronce, el tercero aborda una gran variedad de temas. Estos cubren desde el campaniforme en Irlanda al sustrato vasco de las lenguas celtas. Debido a la mayor longitud y la variedad de temas, este nuevo volumen tiene un carácter de número misceláneo que es difícil no percibir. Sin embargo, hay que destacar que, de forma individual, los capítulos son mayoritariamente contribuciones muy valiosas a sus temas de estudio y, en algunos de ellos, se

plantean cuestiones de interés más allá de las ideas de Cunliffe y Koch. Gracias a esto, cualquier interesado en la prehistoria tardía de Europa Occidental encontrará algo de interés en el volumen. Pese a esta variedad temática, las contribuciones de *Celtic from the West 3* pueden organizarse en cinco grupos en base a los problemas o líneas de discusión en las que actualmente se encuentra envuelta la teoría “atlantista”. A saber, la aparición de las lenguas celtas en la Europa Atlántica y particularmente en Iberia y las Islas Británicas, la relación de estas lenguas con el campaniforme y el estudio de poblaciones “celtas” desde la genética y la lingüística para conocer sus orígenes.

El primero de estos grupos está formado por cuatro contribuciones que abordan cuestiones exclusivamente relacionadas con Iberia, lugar que ocupa un sitio especial dentro de la discusión sobre el origen de los “celtas”. Esto se debe a la vieja dificultad de explicar la existencia de estos en la península a mediados del primer milenio a.C. cuando su origen tradicional se encuentra muy lejos, en Centroeuropa, muy pocos siglos antes. Originalmente, este problema se “resolvió” proponiendo una llegada rápida en forma de invasiones (Bosch Gimpera 1941; Almagro Basch 1952) hasta que estas fueron puestas en evidencia (Ruiz-Zapatero 1985). Como alternativa a las invasiones, Almagro-Gorbea ha propuesto una teoría, que podríamos considerar pionera de la corriente “atlantista”, que explica el origen de los celtas en Iberia como una compleja mezcla de dos sustratos. Uno proto-celta relacionado con el bronce atlántico y otro centroeuropeo llegado durante la Edad del Hierro (Almagro-Gorbea 1992; Almagro-Gorbea 1993). Sin embargo, los autores de *Celtic from the West* han llevado esta idea al extremo proponiendo el origen de las lenguas celtas en Iberia como resultado de contactos con el mundo atlántico eliminando cualquier conexión centroeuropea. De esta forma, Wodtko defendió en el primer volumen de la serie la celticidad del lusitano y el galaico y sus relaciones con el mundo atlántico (Wodtko 2010) y Koch ha propuesto que el tartesio es una lengua celta (Koch 2009). En el volumen reseñado, Koch discute la posibilidad de que las lenguas celtas de la Edad del Hierro de Iberia, y también otras regiones atlánticas, sean el resultado de la desintegración de antiguos dialectos protoceltas inteligibles entre sí cuyo origen sería la comunicación atlántica durante la Edad del Bronce. Una de esas len-

guas habría sido el tartesio y, aunque Koch no lo menciona, podríamos suponer que también el lusitano y el celtibérico. Además de Koch, en el mismo volumen Fernando Fernández Palacios también discute el tema de las lenguas celtas en Iberia analizando la posible presencia de la raíz céltica *Kun- “perro” en diversas palabras paleohispánicas. Esto tiene interesantes implicaciones. Entre ellas que esta raíz parece tener más similitudes con el celta insular de las Islas Británicas que con el galo y plantea la duda de cuál fue su origen o llegada a Iberia. En esta cuestión podría ayudar la contribución de Steve Hweitt que, en uno de los capítulos, reanaliza el tema del sustrato Hamito-Semítico (o “afroasiático”) presente en las lenguas celtas de las Islas Británicas. Según este autor, estos elementos podrían provenir del suroeste de la península ibérica, donde es plausible pensar que hubo una fuerte influencia de lenguas Hamito-Semíticas, y habrían llegado a las Islas Británicas a través de una ruta atlántica evitando el área de la Galia, donde no hay evidencia de este sustrato afroasiático. Finalmente, en un plano puramente arqueológico, Dirk Brandherm analiza la transición del Bronce al Hierro en el Suroeste de Iberia y cuestiona la utilidad del concepto “Tartessos” a la hora de entender los procesos que sucedieron en esta área de la Europa Atlántica en la prehistoria. Estas cuatro contribuciones muestran como la península, debido a su particular evidencia arqueológica y lingüística, es una pieza clave en la explicación del origen de los “celtas” y presenta rasgos que tienden a unirla al mundo insular británico y separarla del universo “celta” continental caracterizado por la lengua gala y las influencias de Hallstatt y La Tène. Asimismo, dejan ver que en la corriente de *Celtic From the West* la península se entiende como una pieza importante dentro del origen de los “celtas” y no un elemento periférico como en la teoría tradicional centroeuropea.

Fuera de Iberia, otras contribuciones se enfocan en las Islas Británicas y su relación con el continente y el origen de las lenguas celtas. Hasta los años 60 y 70, la arqueología de las dos islas estuvo ligada a las explicaciones de la lingüística sobre la llegada de las lenguas celtas en forma de invasiones. Sin embargo, las críticas de Clark (Clark 1966) y Waddell (Waddell 1978) provocaron que en los 70 y 80 la arqueología de ambos lugares comenzará rechazar los paradigmas invasionistas. La conferencia inaugural de Stuart Piggott sobre la

llegada de los celtas a Irlanda y Gran Bretaña en el VI Congreso Internacional de Estudios Celtas de 1979 es un ejemplo de ello (Piggott 1983). Al mismo tiempo que esto sucedía en ambos países se comenzaron a gestar ideas de carácter “atlantista” para explicar el origen de las lenguas celtas sin necesidad de invasiones. Estas ideas fueron primero propuestas para el caso de Irlanda en los textos de Waddell (Waddell 1991) y Koch (Koch 1991) y, más tarde, para toda Europa Occidental por Cunliffe (Cunliffe 2001: 293-297; Cunliffe 2009: 61). Todas ellas identifican la intensidad de los contactos atlánticos en la prehistoria tardía como el origen de lenguas francas de tipo celta. En el volumen reseñado, las contribuciones centradas en las Islas Británicas siguen esta idea analizando contactos entre diferentes áreas de las dos islas y el resto de la Europa Atlántica. Kerri Cleary analiza las tradiciones de enterramiento durante el fenómeno campaniforme en Irlanda poniendo énfasis en la introducción de este en la isla y la interacción entre las tradiciones locales de enterramiento y las continentales que, según el autor, habrían producido una suerte de tradición híbrida irlandesa. Por su parte, William O’Brien estudia el origen los hillforts en Irlanda y realiza un rápido estado de la cuestión sobre los mismos. Entre otras cosas, propone la posibilidad que la construcción de estos y los cambios sociales que los habrían acompañado pudieran relacionarse con la introducción de las lenguas celtas en la isla. Los otros tres capítulos se centran en Gales. En el primero, Simon Timberlake repasa los estudios realizados sobre la minería del cobre en relación a los inicios de la metalurgia en las Islas Británicas y el reciente hallazgo de un pequeño disco de oro muy similar a los encontrados en Cabeceiras de Basto y los discos áureos de Oviedo. Por su parte, Raimund Karl combina arqueología y lingüística para entender el origen y uso de los lugares de hábitat permanente de Gales. Para ello, estudia conjuntamente el registro arqueológico y la evolución semántica de las palabras galesas *llys* y *llysoedd* que, según el autor, podrían tener su origen en la denominación de estos primeros lugares de asentamiento. Comparando ambos ofrece una interpretación sobre el proceso histórico que pudo llevar a la aparición de estos asentamientos en Gales y el uso que tuvieron. Finalmente, Adam Gwilt y otros autores discuten los resultados de los últimos trabajos realizados en el yacimiento Gales de *Llan-*

maes desde una perspectiva marcadamente local. Con la excepción de este último, en los otros cuatro capítulos se agradece el enfoque regional al tema de estudio y su relación con el mundo atlántico y las lenguas celtas. Estas contribuciones muestran que si bien la Europa Atlántica nunca formó una cultura común propia, como se ha cuestionado en el pasado (Jorge 1998), sus distintas áreas, con todos sus matices, han estado conectadas de una forma compleja que, desgraciadamente, es difícil de conceptualizar y entender. La posibilidad de que estos contactos provocaran la aparición de una lengua franca de tipo celta resulta más difícil de comprobar, aunque su negación rotunda parece resultar igualmente difícil.

Al margen de Iberia y las Islas Británicas, otros tres capítulos del volumen, que formarían un tercer grupo de contribuciones, abordan la cuestión del campaniforme en la Europa Atlántica. Este fenómeno ocupa un lugar especial dentro de la tradición “atlantista” ya que en algunas ocasiones se ha relacionado con la expansión de, no sólo un paquete de materiales, sino una lengua común de tipo céltico que se habría expandido simultáneamente por el Atlántico y Centroeuropa asociada al campaniforme. Esto ha sido propuesto de forma reciente por Brun (Brun 2006) y Gally (Gally 2001) y mucho antes por Dillon y Chadwick (Dillon *et al.* 1967: 18-19). Todos ellos rompen con el esquema tradicional “Hallstatt igual al origen de las lenguas celtas” sin aceptar posiciones celtoescepticas y, en ese sentido, pueden asociarse a la corriente “atlantista”. El principal argumento de sus propuestas es que el campaniforme podría haber causado un proceso de homogeneización lingüística, ya que su expansión habría requerido algún tipo de lengua común, y su distribución coincide con los lugares en los que se hablaron lenguas celtas al final de la Edad del Hierro. En el volumen reseñado, tres autores abordan esta cuestión en relación a la conectividad entre las regiones atlánticas durante el campaniforme. En primer lugar, Stuart Needham propone una novedosa reinterpretación de las alabardas del Bronce Inicial planteando retrasar su origen al Calcolítico y proponiendo que estos objetos pudieron representar una entidad cultural paralela al propio campaniforme. Por su parte, Laure Salanova analiza el complicado tema de la identidad dentro del fenómeno campaniforme. A través del análisis de distintos elementos del registro arqueológico enumera una serie de

patrones que se repiten en distintas regiones de la Europa Atlántica y propone la posibilidad de que el campaniforme pudiera dividirse en un área occidental y otra oriental. Finalmente, Catriona Gibson, analiza el paso de las tradiciones funerarias megalíticas atlánticas a las del campaniforme poniendo énfasis en su solapamiento y criticando la idea de que una tradición dio paso a la otra sin fases intermedias. Estudiando casos de Francia e Iberia analiza el uso de tumbas colectivas neolíticas durante el fenómeno campaniforme y su abandono final durante el tercer milenio a.C. proponiendo conexiones entre ambos sitios. Estas tres propuestas, que evidentemente podrían ser matizadas, parecen incidir, siempre de forma implícita, en considerar el campaniforme como un fenómeno con dos caras: una occidental y otra centroeuropea. En este sentido, las tres parecen querer ir todavía más allá de las propuestas mencionadas anteriormente y entender el campaniforme, no como un único evento arqueológico asociado a una lengua céltica, sino como un fenómeno dividido en dos partes y dos lenguas: una vertiente atlántica, asociada tal vez a una lengua de tipo celta, y otra oriental distinta de la anterior y no “celta”. Esta diferencia refleja un debate interno dentro de la corriente “atlantista”. Mientras los autores continentales, como Brun o Almagro-Gorbea, defienden un origen temprano tanto en Centroeuropa como en el mundo atlántico de lo “celta”; los autores anglosajones, en torno a Cunliffe y Koch, proponen un origen puramente atlántico de las lenguas celtas que habrían pasado a Centroeuropa más tarde.

Más allá del campaniforme, un cuarto grupo de contribuciones discute, desde la lingüística y la arqueología, los procesos que pudieron llevar a la expansión de las lenguas celtas y el lugar y momento en el que estas se separaron del tronco indoeuropeo. Según las teorías “celtas tradicionales”, este último paso, sucedió a inicios del I milenio a.C. en torno al mundo Hallstattico, siendo las lenguas celtas de época histórica el resultado de su expansión por Europa occidental y oriental. Dentro de la corriente “atlantista”, más allá de la crítica de esta propuesta, existe una falta de consenso sobre el origen del proto-celta y dónde y cuándo se separó del proto-indoeuropeo. Mientras algunos autores han señalado al campaniforme (Mallory 2013: 36-37; Kristiansen 2015: 1098), otros prefieren situar este proceso en la Europa atlántica (Cunliffe 2010; Koch 2013; Renfrew 2013). El problema de esta última

postura es doble y es que debe explicar cómo las lenguas indoeuropeas llegaron tan rápido a occidente desde el sur de Rusia y por qué no dieron el paso a las lenguas celtas en un lugar intermedio como, por ejemplo, Centroeuropa. El problema de la rapidez se ha intentado “resolver” apoyando las teorías de Renfrew sobre una llegada temprana a Europa del indoeuropeo desde anatolia (Renfrew 1987) frente a la teoría de Gimbutas de la estepa (Gimbutas 1963; Anthony 2007). De esta forma se podrían localizar lenguas indoeuropeas en el mundo atlántico desde el neolítico en adelante. Por otro lado, la cuestión geográfica se ha intentado solucionar proponiendo que las lenguas indoeuropeas pudieron llegar a occidente a través del Mediterráneo asociadas a la cerámica cardial y desde Iberia expandirse por el atlántico para llegar más tarde a Centroeuropa (Cunliffe 2013). En *Celtic from the West 3* tres autores intervienen en esta discusión. Peter Schrijver propone el noroeste de Italia como un tercer lugar donde se pudo producir la separación del proto-celta del proto-indoeuropeo argumentando que sería desde allí, y no desde las costas atlánticas o Centroeuropa, desde donde se produciría su expansión. En su contribución, continua la vieja discusión sobre las conexiones entre las lenguas itálicas y las celtas y la posibilidad de la existencia de un origen común italo-celta. En este caso, analiza esta posibilidad desde la fonética discutiendo rasgos en común entre ambos grupos de lenguas y propone que el noroeste de Italia pudo ser el lugar donde ambas se separaron. Esta posibilidad es interesante y encajaría con una entrada del proto-indoeuropeo por Centroeuropa, o incluso por el mediterráneo, y la presencia de la lengua celta lepóntica en el norte de Italia en el I milenio a.C. En otra contribución, Theo Vennemann continúa con la discusión sobre el origen del proto-celta en relación a su teoría sobre un sustrato lingüístico vascónico pre-indoeuropeo. Vennemann ha defendido que las lenguas pre-indoeuropeas de Europa Occidental habrían formado parte de una familia lingüística de la cual el vasco actual sería el único superviviente (Vennemann 2003, xiii-xxii). En este estudio, analiza posibles influencias fonéticas de ese sustrato vascónico en el proto-celta y concluye que lenguas pre-indoeuropeas relacionadas con el vasco podrían haber influenciado esas lenguas. En cualquier caso, sus ideas parecen armonizar con una aparición tanto atlántica como centro-

europaea, e incluso itálica, del proto-celta. Finalmente, Mallory explora los procesos que pudieron llevar a la expansión del proto-celta discutiendo la relación entre la evidencia arqueológica y la lingüística y los procesos que podrían llevar a una sociedad prehistórica a cambiar de lengua. Mallory teoriza sobre los procesos que envuelve el paso de una lengua a otra en comunidades prehistóricas y especula, desde una perspectiva lingüística, sobre las transformaciones sociales que pudieron provocar un cambio de este tipo y, muy importante, la huella arqueológica que estas pudieron provocar. Con esta contribución Mallory pone el foco en qué procesos específicos pudieron llevar a las poblaciones de Europa Occidental a compartir una lengua. Esto es interesante porque si bien parece lógico asociar la metalurgia atlántica o el campaniforme con una lengua, los procesos sociales del día a día que llevaron a esta a expandirse son un tema al que no se le suele prestar mucha atención.

Finalmente, el último grupo de contribuciones trata el tema del origen de los “celtas” en relación a la genética y la prehistoria. Desde los trabajos pioneros de Cavalli-Sforza (Edwards 2009), la genética y la prehistoria son un área de investigación que no ha dejado de crecer. En relación a los celtas, este campo, por el momento, sólo se ha explorado a gran escala en Reino Unido e Irlanda. En ambos lugares, el uso de la palabra “celta” en genética hace referencia, con ligeras variaciones, a la población que llegó tras la glaciación a las islas (McEvoy *et al.* 2013: 107). En los dos países, el estudio del cromosoma-Y y el ADN mitocondrial ha servido para reconstruir la evolución histórica de la población y esta información se ha utilizado para comprobar que teoría, la “atlantista” o la “centroeuropea”, encaja mejor con la actual evidencia genética. A grandes rasgos, los estudios sobre “genética celta” aceptan que no existe evidencia de invasiones masivas y cambios radicales de población en las islas (McEvoy *et al.* 2004; Sykes 2006; Oppenheimer 2010; Royrvik 2010; Manco 2015), con la excepción de la influencia vikinga (Helgason *et al.* 2001; Goodacre *et al.* 2005). Esta ausencia de invasiones prehistóricas en la evidencia genética parece invalidar las ideas tradicionales sobre la llegada de pueblos centroeuropeos en el primer milenio a.C. Si bien es cierto, que no invalida propuestas sobre la llegada de gentes “celtas” a pequeña escala que no habrían dejado una huella genética visible pero que podrían

haber causado un impacto radical en el plano lingüístico y arqueológico. Por otro lado, la teoría “atlantista”, al proponer el origen de las lenguas celtas por contactos ocurridos en un plazo de tiempo muy largo, resulta muy difícil de falsar a través de la evidencia genética. Parece ser que si este hipotético proceso se hubiera producido no tendría por qué haber provocado un fuerte impacto desde un punto de vista genético (Royrvik 2010), aunque algunos autores apoyan esta propuesta basándose en evidencia genética que identifican como resultado del mismo (McEvoy *et al.* 2004). En el volumen reseñado, Bruce Winney y Walter Bodmer se acercan al tema de la genética y los “celtas” presentando algunos resultados preliminares del proyecto *People of the British Isles*, un ambicioso programa de investigación sobre la estructura genética de la población británica que se realiza en Reino Unido desde 2004. El proyecto, que ya ha producido algunos resultados (Winney *et al.* 2012; Leslie *et al.* 2015), destaca por sus proporciones, reúne muestras de toda Gran Bretaña, y las exigentes medidas al tomar estas para esquivar las influencias exógenas en el ADN de los últimos siglos. El resultado final permite estudiar la composición genética de la población británica por regiones y ver como los mismos componentes varían de un área a otra. A grandes rasgos, este resultado preliminar permite dividir Gran Bretaña en tres áreas. Una sureste, resultado seguramente de contactos con el continente; otra noroccidental, que presenta similitudes con Iberia y Francia occidental y podría estar relacionada con los primeros pobladores de la isla y una norte relacionada con el mundo nórdico y vikingo. Estos resultados parecen cuadrar con lo que se conocía hasta ahora si bien ofrecen un nivel de detalle desconocido hasta el momento. El otro estudio sobre genética consiste en un estado de la cuestión de los avances técnicos en el campo de la arqueogenética y un completo repaso de la evidencia genética con la que contamos sobre la entrada de poblaciones orientales en Europa en relación a la llegada de los indoeuropeos. La conclusión final de los autores es que actualmente la evidencia arqueogenética no es lo suficientemente sólida para aceptar la teoría de Gimbutas o Renfrew, si bien parece favorecer la primera. Sin embargo, hay que recordar que encontrar evidencia genética de contactos entre Europa y la estepa o Anatolia no significa, de forma automática, que las lenguas indoeuropeas provinieran de uno de esos

lugares debido a que genes no equivale a lenguas.

Como se ha indicado anteriormente, los temas y las cuestiones tratadas en el volumen son variadas y muestran las divisiones que existen dentro de la corriente “Atlantista”. Con peligro de simplificar demasiado se pueden distinguir dos grupos. Por un lado, autores anglosajones, como Koch o Waddell, que defienden un origen temprano de las lenguas celtas en la Europa Atlántica y definen “celta” como un hablante de estas lenguas. Por otro lado, autores “continentales”, como Almagro-Gorbea y Patrice Brun, que abogan por un origen complejo y mixto, tanto atlántico como centroeuropeo, de los “celtas”. Concepto que entienden, con matices, como algo más allá de sólo hablar unas lenguas. En este sentido, parecen resistirse a aceptar las críticas celtoescepticas sobre considerar lo celta como una tradición cultural con distintas facetas que los “Atlantistas” anglosajones parecen haber asimilado al completo. Otra diferencia entre estas dos corrientes es que los anglosajones consideran la Europa Atlántica como el foco originario de las lenguas celtas y que estas se expandieron desde allí a Centroeuropa, mientras que los autores “continentales” entienden el origen de lo “celta” como un dialogo complejo entre la Europa Atlántica y Centroeuropa. A pesar de todo, estas dos tendencias comparten el rechazo a las teorías tradicionales sobre el origen de los celtas. De esta forma, niegan que su aparición se produjera rápidamente en Centroeuropa sin la intervención o influencia de otras áreas y niegan que su expansión se produjera a través del movimiento de grandes grupos de población por el oeste y el este del continente.

Visto en conjunto, *Celtic from the West 3* mantiene el nivel de calidad que ya tenían *Celtic from the West 1 y 2*. Como en los dos volúmenes anteriores, la inmensa mayoría de los capítulos no son casos de estudio concretos sino contribuciones sintéticas sobre diversos temas en relación a las teorías propuestas por los editores. Esta diversidad de temas provoca que la obra, en múltiples ocasiones, presente ideas y reflexiones cuya importancia va más allá del origen de las lenguas celtas. Debido a esto, prácticamente cualquier interesado en la prehistoria reciente de Europa Occidental podrá encontrar algo de interés en este volumen. También hay que destacar la diversidad regional de las contribuciones. A pesar de ser un trabajo dominado por autores de habla

inglesa o en instituciones británicas la perspectiva de la mayoría de las contribuciones es interregional. A este respecto, hay que destacar la presencia de la península ibérica en la cual se centran varios capítulos de la obra. Asimismo, esta diversidad también se puede encontrar en el aspecto metodológico y disciplinar. Muchos temas se abordan combinando el enfoque arqueológico y el lingüístico, con una menor presencia de la genética. Sin embargo, esta diversidad también es una debilidad ya que los temas tratados son, tal vez, demasiado variados. Debido a ello, en algunas ocasiones, cuesta ver la imagen en conjunto a la que todos los capítulos están contribuyendo. Un epílogo poniendo en relación todas las propuestas de la obra habría ayudado a eliminar esta sensación. En cualquier caso, de forma individual los capítulos son mayoritariamente contribuciones muy valiosas a sus temas de estudio y, la obra en conjunto, un paso para comprender mejor la relación entre el registro arqueológico y lingüístico de Europa Occidental durante la Edad del Bronce y del Hierro. Más particularmente, la obra es una contribución a comprender la aparición de las lenguas indoeuropeas y celtas en Europa occidental y el paso del proto-indoeuropeo al proto-celta y las lenguas celtas en relación a la arqueología y la lingüística.

Finalmente, respecto a la teoría de los editores me gustaría destacar dos cuestiones que todavía no han quedado claramente definidas. En primer lugar, su teoría plantea el problema de explicar cómo las lenguas celtas pasaron de la Europa Atlántica, donde teóricamente aparecieron en la Edad del Bronce o antes, a Centroeuropa, los Balcanes y Asia Menor en la Edad del Hierro. En otras palabras, *Celtic From the West* plantea el desafío de explicar, desde la lingüística y la arqueología, cómo las lenguas celtas pasaron del oeste al este. La segunda cuestión está relacionada con la mención a los celtas en las fuentes clásicas. Koch y Cunliffe proponen una explicación lingüística del origen de las lenguas celtas que sitúan en un contexto arqueológico claro, la prehistoria

tardía de la Europa Atlántica. Hasta ahora, tanto la evidencia arqueológica como la lingüística se combinan y no se han encontrado razones de peso para rechazar de pleno esta propuesta. De esta forma, sitúan a los hablantes de estas lenguas en un lugar del espacio y del tiempo específico. La cuestión es cómo encuadrar en esta propuesta las referencias a los celtas de los autores clásicos, que son la primera y última referencia a la palabra celta que tenemos. En otras palabras, como combinar los “celtas” arqueológicos y lingüísticos de Cunliffe y Koch y los “celtas” que se mencionan en las fuentes clásicas. Tal vez no exista ninguna relación entre la palabra “celta” de las fuentes clásicas y el origen de los hablantes de las lenguas celtas, lo cual pondría en cuestión el uso de esta palabra en *Celtic from the West*. O tal vez en la antigüedad se usó esta palabra para referirse a grupos diversos que hablaban lenguas similares, con un origen común en la Europa Atlántica, a los que se etiquetó como “celtas”. En cualquier caso, sería interesante explorar como se solapan los “celtas” de los autores clásicos y la teoría sobre el origen de las lenguas celtas propuesta por los editores.

A lo largo de esta reseña, además de comentar *Celtic from the West 3*, se ha intentado contextualizar este volumen y sus contribuciones en el complicado mundo de los celtas y la arqueología y, sobretudo, realizar un breve, e incompleto, estado de la cuestión de la nueva, y no tan nueva, corriente “atlantista”. Para aquellos que al finalizar todavía sigan interesados en este tema sería recomendable consultar el trabajo de Gibson sobre orígenes alternativos de las lenguas celtas (Gibson *et al.* 2013), las críticas de Mikhailova sobre las teorías de Cunliffe y Koch (Mikhailova 2015) y un estado de la cuestión sobre la celtización de la península ibérica (Manyanós 1999). Se haya conseguido con éxito o no contextualizar *Celtic from the West 3*, este volumen es otra prueba más de que la prehistoria de nuestro continente no puede ser entendida sin la perspectiva que ofrecen la genética de poblaciones y la lingüística histórica.

Notas

1. www.aemap.ac.uk/search/

Bibliografía

- Almagro Basch, M. (1952): La invasión céltica en España. In R. Menéndez Pidal (ed): *Historia de España I (2)*, 1-278. Madrid: Espasa-Calpe.
- Almagro-Gorbea, M. (1992): El origen de los celtas en la Península Ibérica: protoceltas y celtas. *Polis: revista de ideas y formas políticas de la Antigüedad clásica* 4: 5-31.
- (1993): Los Celtas en la Península Ibérica: origen y personalidad cultural. In *Los celtas : Hispania y Europa*, Madrid: Editorial Actas.
- Anthony, D. (2007): *The horse, the wheel, and language: how Bronze-Age riders from the Eurasian steppes shaped the modern world*. Princeton; Oxford: Princeton University Press.
- Becker, K. (2012): Iron Age Ireland: Continuity, Change and Identity. In T. Moore & X.-L. Armada (eds): *Atlantic Europe in the First Millennium BC: Crossing the Divide*, 449-465. Oxford University Press.
- Bosch Gimpera, P. (1941): *Two Celtic Waves in Spain (The Sir John Rhys Memorial Lecture, 1939)*. Oxford: Oxford University Press.
- Brun, P. (2006): L'origine des Celtes: Communautés linguistiques et réseaux sociaux. In C. Goudineau; V. Guichard; G. Kaenel (eds): *Celtes et Gaulois. L'Archéologie face à l'Histoire*, Bibracte: Centre archéologique européen.
- Chapman, M. (1992): *The Celts: the construction of a myth*. Basingstoke: Macmillan.
- Clark, G. (1966): The Invasion Hypothesis in British Archaeology. *Antiquity* 40: 172-189.
- Cunliffe, B. (2001): *Facing the ocean : the Atlantic and its peoples, 8000 BC-AD 1500*. Oxford: Oxford University Press.
- (2009): A Race Apart: Insularity and Connectivity. *The Prehistoric Society* 75: 55-64.
- (2010): Celticization from the West: The Contribution of Archaeology. In B. Cunliffe & J. T. Koch (eds): *Celtic from the West : alternative perspectives from archaeology, genetics, language and literature*, 13-38. Oxford: Oxbow.
- (2013): Epilogue: The Celts - Where next. In J. Koch & B. Cunliffe (eds): *Celtic from the West 2 : rethinking the Bronze Age and the arrival of Indo-European in Atlantic Europe*, 19-23. Oxford: Oxbow.
- Cunliffe, B.; Koch, J.T. (2010): Introduction. In B. Cunliffe & J. T. Koch (eds): *Celtic from the West : alternative perspectives from archaeology, genetics, language and literature*, 1-10. Oxford: Oxbow Books.
- Dietler, M. (2008): 'Our Ancestors the Gauls': Archaeology, Ethnic Nationalism, and the Manipulation of Celtic Identity in Modern Europe. In T. Murray & C. Evans (eds): *Histories of Archaeology: A Reader in the History of Archaeology.*, 194-221. Oxford: Oxford University Press.
- Dillon, M.; Chadwick, N. (1967): *The Celtic realms*. London: Weidenfeld and Nicolson.
- Edwards, A. (2009): Perspectives: Anecdotal, Historical and Critical Commentaries on Genetics Statistical Methods for Evolutionary Trees. *Genetics* 183(1): 5-12.
- Gallay, A. (2001): L'énigme campaniforme. In F. Nicolis (ed): *Bell Beakers today: pottery, people, culture, symbols in prehistoric Europe*, 41-57. Trento: Servizio Beni Culturali.
- Gibson, C.; Wodtke, D. (2013): The background of the Celtic languages: theories from archaeology and linguistics. *Research papers of the Centre for Advanced Welsh and Celtic Studies* 31: 1-23.
- Gimbutas, M. (1963): The Indo-Europeans: Archeological Problems. *American Anthropologist* 65(4): 815-836.
- Goodacre, S. *et al.* (2005): Genetic evidence for a family-based Scandinavian settlement of Shetland and Orkney during the Viking periods. *Heredity* 95(2): 129-135.
- Helgason, A. *et al.* (2001): mtDna and the islands of the North Atlantic: estimating the proportions of Norse and Gaelic ancestry. *American Journal of Human Genetics* 68(3): 723-737.
- Jorge, S.O.(ed): (1998): *Existe uma idade do bronze Atlântico?* Lisboa: Instituto Português de Arqueologia.
- Koch, J.T. (1991): Ériu, Alba and Letha: When was a language ancestral to Gaelic first spoken in Ireland? *Emania* 9: 17-27.
- (2009): *Tartessian: Celtic in the South west at the Dawn of History*. Aberystwyth: Celtic Studies Publications.
- (2013): Out of the flow and ebb of the European Bronze Age: Heroes, Tartessos, and Celtic. In J. T. Koch & B. Cunliffe (eds): *Celtic from the West 2 : rethinking the Bronze Age and the arrival of Indo-European in Atlantic Europe*, Oxford: Oxbow.
- Koch, J.T.; Cunliffe, B. eds. (2013): *Celtic from the West 2 : rethinking the Bronze Age and the arrival of Indo-European in Atlantic Europe*. Oxford, UK ; Oakville, CT: Oxbow Books.
- Kristiansen, K. (2015): The Decline of the Neolithic and the Rise of Bronze Age Society. In C. Fowler; A. Harding; D. Hoffmann (eds): *The Oxford Handbook of Neolithic Europe*, 1093-1117. Oxford: Oxford University Press.
- Leslie, S. *et al.* (2015): The fine-scale genetic structure of the British population. *Nature* 519: 309-314.

- Mallory, J. (2013): The Indo-Europeanization of Atlantic Europe. In J. Koch & B. Cunliffe (eds): *Celtic from the West 2 : rethinking the Bronze Age and the arrival of Indo-European in Atlantic Europe*, 17-40. Oxford: Oxbow.
- Manco, J. (2015): *Blood of the Celts: the new ancestral story*. London: Thames & Hudson.
- Manyanós, A. (1999): Un estado de la cuestión de la celtización peninsular desde la complementariedad de un doble proceso. *Kalathos: Revista del seminario de arqueología y etnología turolense* (18): 125-152.
- McEvoy, B.; Bradley, D. (2013): Irish Genetics and Celts. In J. Koch & B. Cunliffe (eds): *Celtic from the West 2 : rethinking the Bronze Age and the arrival of Indo-European in Atlantic Europe*, 107-120. Oxford: Oxbow.
- McEvoy, B.; Richards, M.; Forster, **; Bradley, D. (2004): The Longue Durée of Genetic Ancestry: Multiple Genetic Marker Systems and Celtic Origins on the Atlantic Facade of Europe. *American Journal of Human Genetics* 75(4): 693-702.
- Mikhailova, T. (2015): Celtic origin: location in time and space? Reconsidering the 'East-West Celtic' debate. *Journal of Language Relationship (Вопросы языкового родства)* 13(3): 257-279.
- Moscatti, S.; Hermann, O.; Kruta, V.; Raftery, B.; Szabó, M. (eds.) (1991): *The Celts*. London: Thames and Hudson.
- Oppenheimer, S. (2010): A reanalysis of multiple prehistoric immigrations to Britain and Ireland aimed at identifying the Celtic contributions. In B. Cunliffe & J. Koch (eds): *Celtic from the West : alternative perspectives from archaeology, genetics, language and literature*, 121-150. Oxford: Oxbow.
- Piggott, S. (1983): The coming of the Celts: the archaeological argument. In *Proceedings of the Sixth International Congress of Celtic Studies, held in University College, Galway, 6-13 July 1979*, Dublin: Dublin Institute for Advanced Studies.
- Pingel, V. (1992): *Die vorgeschichtlichen Goldfunde der iberischen Halbinsel: eine archäologische Untersuchung zur Auswertung der Spektralanalysen*. Berlin: Walter de Gruyter.
- Renfrew, C. (1987): *Archaeology and language: the puzzle of Indo-European origins*. London: Jonathan Cape.
- (2013): Early Celtic in the West. In J. Koch & B. Cunliffe (eds): *Celtic from the West 2 : rethinking the Bronze Age and the arrival of Indo-European in Atlantic Europe*, 207-217. Oxford: Oxbow.
- Royrvik, E. (2010): Western Celts? A genetic impression of Britain in Atlantic Europe. In B. Cunliffe & J. Koch (eds): *Celtic from the West : alternative perspectives from archaeology, genetics, language and literature*, 83-106. Oxford: Oxbow.
- Ruiz-Zapatero, G. (1985): *Los Campos de Urnas del NE. de la Península Ibérica. Madrid*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- Ruiz-Zapatero, G.(ed): (2005): Un círculo de lectores: Miradas sobre los celtas del NO. de la Península Ibérica. *Complutum* 16: 151-208.
- Sykes, B. (2006): *Blood of the Isles: exploring the genetic roots of our tribal history*. London: Bantam.
- Vennemann, T. (2003): *Europa vasconica, Europa semitica*. Berlin: Mouton de Gruyter.
- Waddell, J. (1978): The invasion hypothesis in Irish prehistory. *Antiquity* 52(205): 121-128.
- Waddell, J. (1991): The question of the Celticization of Ireland. *Emania* 9: 5-16.
- Winney, B. et al. (2012): People of the British Isles: preliminary analysis of genotypes and surnames in a UK-control population. *European Journal of Human Genetics* 20(2): 203-210.
- Wodtko, D. (2010): The Problem of Lusitanian. In B. Cunliffe & J. T. Koch (eds): *Celtic from the West: alternative perspectives from archaeology, genetics, language and literature*, 335-367. Oxford: Oxbow Books.

Juan Latorre-Ruiz
University of Oxford